



1

Fue uno de los veranos más extraños de mi vida. Diferente, muy diferente de todos los anteriores. Mamá resolvió que, a finales de junio, ni antes ni después, debía irme a casa de la abuela y del abuelo. ¡Sí, a finales de junio! Mis vacaciones comenzarían un mes antes de lo habitual, porque yo siempre había ido a la granja de la montaña a finales de julio.

–Oye, Lara –me dijo–, todo está muy liado, así que será mejor que, una vez que se acaben las clases, tomes un tren y vayas con los abuelos a la montaña.

Eso propuso. Y así hicimos. Yo no lo veía mal.

Es más, lo entendí como algo que me desataba, porque, como bien había dicho mamá, todo estaba muy liado en casa.

El lunes posterior al cierre del curso escolar ya estaba esperando el tren para viajar al pueblo de los abuelos.

Siempre había viajado a la montaña para finales de julio o principios de agosto. Iba con mamá. Alguna vez vino papá. Pero ese año todo cambió. Las cosas se habían dado la vuelta: entre los problemas que había generado la pandemia, los problemas del trabajo de mamá, la ida de papá al extranjero..., la vida se nos había trastocado. Para mí será difícil olvidar aquel año. Creo que nunca lo olvidaré.

La relación con mamá ya venía siendo tensa desde el período de confinamiento. Eso empeoró las cosas, que estaban complicadas desde que papá se había ido a vivir a Estados Unidos, tres años antes. Cuando digo tensa, quiero decir llena de malentendidos, enojos, discusiones, disgustos... Fue un período en el que parecía que cualquier cosa que yo hiciera o dijera estaba destinada a acabar en una discusión a voz alzada con mamá. Estaba claro que necesitábamos vacaciones: mamá de mí, yo de mamá.

Una solución hubiera sido que yo viajara a casa de papá para pasar el verano. Papá vivía en un piso muy pequeño, en Washington, donde trabajaba como corresponsal de la tele. Se pasaba el día viajando para preparar los minutos de noticias que después pondrían en la televisión local. Pero, si yo iba a visitarlo, eso me dijo, no podríamos salir de vacaciones a ninguna parte, porque allá también estaba difícil por la pandemia y las restricciones. ¿Y para qué iba yo a encerrarme en su pisito minúsculo en Washington? Mejor la montaña, sin duda.

Ir a pasar el verano a la granja de la abuela y del abuelo parecía la única salida a la situación en la que estábamos en casa. Ir a la montaña, sí. Respirar un poco. ¡Y eso, a pesar de lo de los osos!

Los osos, ¡ah! No te he hablado de los osos.

Cerca del pueblo donde tienen la granja los abuelos, se produjeron varios ataques de osos. Era algo que se comentaba en las noticias, un día sí y otro también. Era algo que al abuelo lo traía de cabeza. Aquello estaba relacionado con el programa de recuperación de los osos pardos y la repoblación de los bosques de los Pirineos con esta especie. Era algo que preocupaba a las autoridades de los agentes rurales. Ya hacía tiempo que los ganaderos denunciaban los ataques.

La situación había ido a peor en los últimos meses. A finales de mayo, los pobladores de la zona habían denunciado ataques de una osa por la región de Aragón. También habían denunciado ataques de un oso joven en los montes de Navarra. En ambos casos, habían aparecido cabras y ovejas brutalmente matadas por los osos. Hasta una yegua había caído bajo las garras feroces de los plantígrados. ¡Menudo problema!

A mí me hacía ilusión la idea de que los osos volvieran, pero eso de los ataques al ganado y la sensación de inseguridad que provocaban los osos pardos desbocados no me resultaba fácil de aceptar. Era como si por dentro de mí estuviera dividida entre apoyar a los osos y defender su recuperación, o apoyar a los pastores y desear que los osos dejaran de andar por las montañas.

Los pastores estaban enfadados con el Gobierno por el tema de los osos. Los ánimos estaban bastante «enardecidos», que era como decía el abuelo cuando nos llamaba para contarnos algún nuevo incidente. «Enardecidos», repetía, y la palabra parecía contener una mezcla de miedo y de rabia repartida entre las cinco sílabas.

La abuela y el abuelo se habían acostumbrado a usar el móvil, y de tanto en tanto hacíamos



una videoconferencia para saber cómo estaban ellos y contarles cómo estábamos nosotras. En esas charlas, hablar de los osos, de las cabras, de la montaña era como salir un poco del encierro y de los disgustos que día a día vivíamos en casa. Para ellos, así lo creo, también eran importantes esas conversaciones a través de las pantallas. Siempre que hablábamos, yo los veía más preocupados por todo; no sé, con más miedo quizá.

A la gente de la ciudad le preocupaban el virus y los problemas de las restricciones y eso, pero el abuelo parecía tener menos miedo de la pandemia que del ataque de los osos. Y yo pensaba que estaba muy bien eso de temer a los osos.

Míralo así: de un tiempo a esta parte, era como si las preocupaciones de las personas que me rodeaban –los miedos y las angustias que expresaban– se redujeran a unos virus invisibles, o a las «crisis familiares», o a la «flexibilidad laboral», o a «la contaminación ambiental y el cambio climático». Cosas así: extrañas, volátiles, lejanas. Nada que ver con la brutalidad peluda y grotesca de un animal gigante, de un oso pardo. Tener miedo a los osos parecía mucho más natural que temer que un vecino estornudara en el piso de abajo, o que el wifi no tuviera suficiente

intensidad, o que la represa de las Tres Gargantas causase un desastre ecológico en el río Yangtsé, en la lejana China. No sé.

En la última llamada, cuando acabamos de confirmar las fechas de mi viaje, el abuelo me explicó algo sobre otra de sus preocupaciones: una de las cabras estaba embarazada. Si todo iba bien, los cabritos nacerían cuando yo estuviera allí. Nunca pensé que el nacimiento de una cabrita fuera a ser tan diferente de todo lo que hasta entonces habían representado para mí, y para mis abuelos, mis vacaciones en la montaña.

Y por esto también, por lo de la cabrita, lo de los osos, lo de mi viaje anticipado a la montaña, nunca olvidaré esas vacaciones de verano.





2

El verano de aquel año fue la primera vez que la abuela me permitió elegir el nombre de una de las cabras del rebaño.

¡Qué susto me llevé! ¡Y qué contenta me puse cuando, al final de todo, decidí ponerle de nombre Úrsula a la cabrita recién nacida!

Todavía me cuesta creer que la abuela me dejara darle nombre a la cabrita.

Porque no lo creerías al ver a la abuela, pero ella es muy estricta. Tiene ese aire de *hippie* de los años sesenta, ¡sí! –amor y paz y libertad y faldas largas de colores y ropa artesanal sin ninguna marca–, pero, en su casa, las cosas, ¡a su manera!

Y, con esto del nombre de las cabras, la abuela parece ser la mujer más estricta del mundo.

Pensarás que elegir el nombre de una cabra no tiene nada de extraordinario.

Lo piensas, ¿verdad?

Quizá tengas razón. Nada de extraordinario. Pero, una vez que sepas lo que significa para mi abuela y para mi abuelo ponerle nombre a una de sus cabras, ¡ya me dirás si no es maravilloso que me hayan dejado ponérselo a aquella recién nacida!

Cuando te diga cómo y por qué me dejaron, por primera vez, decidir el nombre de una cabra recién nacida, verás si la historia es o no es de lo más guay que te puede pasar antes de cumplir los diez años.

Porque debo decirte que, para mi abuela y para mi abuelo, ponerle nombre a las cabras recién nacidas es algo muy importante. ¡Muy pero que muy importante!

La abuela se toma su tiempo para elegirlo.

A veces se pasa horas. Lo piensa y lo repiensa. Y no le gusta que nadie la moleste cuando está en eso.

—¡Lara, cariño! —Recuerdo que me llamó una vez, a la hora del desayuno, hace un par de

años-. Ha nacido una cabrita hermosa esta mañana. Ahora me iré al altillo a elegirle el nombre y a bordarlo en la manta que he preparado para ella.

-¡Qué genial, abuela! ¿Puedo ir a ver la cabrita?

-Si quieres, puedes ir al establo, pero te pido que no hagas mucho ruido por la casa y que no me interrumpas mientras esté ahí arriba, que debo decidir cómo se llamará. ¿De acuerdo?

Así me pedía que no la molestara, que la dejara estar tranquila, que le permitiera retirarse y concentrarse como una monja de clausura. Y yo le hacía caso, ¡claro que sí!, y me iba corriendo a buscar al abuelo, al establo, para que él me presentara a la cría recién nacida.

Para el abuelo también era importantísimo eso de los nombres de las cabras. Fíjate si era importante que ¡él se sabía de memoria el nombre de todas y cada una de las cabras que hay en el rebaño de la granja de la montaña!

Se los sabía de memoria y podía reconocerlas y llamarlas, una por una, cabra por cabra, cuando le daba la gana.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba recordar los nombres de sus cabras?



Comenzaré por explicarte eso. Ya habrá tiempo después para contarte la historia de cómo durante aquellas vacaciones de verano en la casa de la montaña terminé por elegir el nombre de Úrsula para la cabrita recién nacida.